

VI Domingo de Pascua

“Yo soy el camino y la verdad y la vida”

Juan 14, 15-21



- **Hechos 8, 5-8.14-17** “Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo”
- **Salmo 65** “Aclamad al Señor, tierra entera”
- **1 Pedro 3, 15-18** “Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu”
- **Juan 14, 15-21** “Le pediré al Padre que os dé otro Paráclito”

Reflexión y oración

- Me pongo en presencia de Dios Padre. Jesús nos dice que no nos dejará huérfanos, que nos mandará un defensor... nos habla del Espíritu de la Verdad... todo ello hace referencia al Espíritu Santo que está en la Iglesia y que la conduce. Que Él también me conduzca en este rato de oración para que me haga descubrir lo que Dios quiere decirme en el texto de la Palabra.

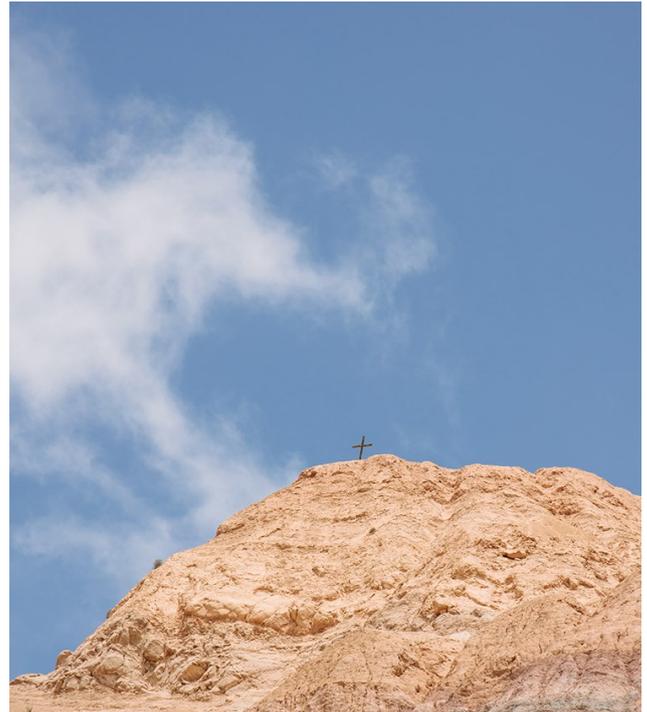
- ¿Qué es lo que el texto me quiere hacer comprender de Jesús y de la originalidad de la vida cristiana para nuestro mundo de ahora?

- ¿Cuáles son las luces que el texto me ofrece para mi vida, para la vida de la asociación, para mi Equipo de Vida, y para mi parroquia?

- Llamadas.
- Diálogo con el Señor de lo que he ido descubriendo.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Estamos concluyendo el tiempo de Pascua.
- Pascua es el tiempo en el que los discípulos de Jesús hacían memoria de todo lo más importante que Jesús les había dicho.
- Sin lugar a dudas el amor entra de lleno en las prioridades de Jesús y por tanto lo que ante todo hemos de recordar de Jesús: Amaos como yo os he amado... (Jn 13,34)
- El texto comienza y finaliza haciendo referencia al amor. (15.21)
- El amor, la caridad, es el centro de la actuación de Jesús, es su mandamiento: amar a Dios y amar a los demás como Él nos ha amado.
- Dice Jesús “si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (15) y “el que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él”
- ¿Cuáles son los mandamientos de Jesús?: estimar a Dios y a las personas; amar como Jesús nos ha querido.
- Guardar (15.21) equivale a cumplir. No se trata de conservar los mandamientos intactos, bien custodiados o de llevarlos escritos en la frente o en otro sitio como hacían los judíos sino de llevarlos a la práctica, vivirlo.
- Jesús, mientras ha estado con sus discípulos, ha sido su defensor, ahora que se va les promete otro defensor: el Espíritu Santo, el Paráclito, que será quien les conducirá, que será el abogado, el defensor. (16.17)
- En el difícil proceso de la vida tenemos todos un abogado es el Espíritu Santo.
- Ciertamente, como Jesús les dijo: “no os dejaré huérfanos” (18). Jesús no les dejó solos. Él quiere continuar para siempre entre los suyos, pero de otra forma.
- Nuestra misión es dejarnos conducir por el Espíritu Santo.
- Cada vez que celebramos la Eucaristía antes de que el sacerdote diga las palabras de la consagración le pedimos a Dios que envíe el Espíritu Santo sobre el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.
- El Espíritu tiene una importancia excepcional para los discípulos, para las primeras comunidades. Él es quien hace surgir en el interior de la comunidad los múltiples carismas.



Él es quien la conduce: Así san Pablo, en su carta a los Corintios, les dice: “hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo Espíritu, recibe el don de la fe; y otro por el mismo Espíritu, don de curar. A este se le ha concedido hacer milagros; a aquel, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Cor 12, 4-11).

- Si hasta ahora ha sido Jesús quien ha conducido a los discípulos, ahora, que ha llegado el tiempo de dejar este mundo, Él les promete que les enviará el Espíritu para que continúe su obra.
- Jesús les dice: “no os dejaré huérfanos, volveré” (18), haciendo referencia a su Resurrección.
- Todos deberíamos dar más espacio, en nuestras vidas, a la acción del Espíritu. Todos deberíamos confiar más en la acción del Espíritu en cada uno de nosotros y en la Iglesia.

Yo pediré al Padre que os dé otro paráclito

Buena falta, Señor Jesús,
les hacía a tus Discípulos esta promesa:
“le pediré al Padre que os dé otro paráclito”.
Ciertamente la situación que se les avecinaba,
en aquel primer Jueves Santo,
pocas horas antes de que te prendieran
y decidieran tu muerte... era angustiosa.
En aquellos momentos es fácil
que los Apóstoles vivieran
una sensación muy similar a la orfandad.

Sin Ti, aquel grupo de seguidores tuyos,
quedaría huérfano.
Por eso Tú les dices:
“No os dejaré huérfanos”.
Tu Resurrección y la venida del Espíritu Santo
suplirán ampliamente tu presencia física.

Era durante la comida de despedida,
ya la tormenta se avecinaba,
tus enemigos, Señor Jesús,
lo tenían todo decidido,
y Judas había pactado con ellos tu traición.
Posiblemente tus Discípulos intuirían el peligro
que se cernía sobre ellos y sobre Ti.
Y si a lo mejor estaban ausentes
a las circunstancias dramáticas de momento
Tú te adelantas a lo que dentro de poco vivirán.
Por eso les prometes que pedirás a Dios Padre
que les mande un defensor: el Espíritu Santo.

En esas estamos también nosotros.
Los peligros no se han terminado.
Cada época tiene los suyos.
Hoy, también nosotros,
tenemos necesidad de tu defensor, Señor Jesús,
para que nos estimule a dar razón de nuestra fe
como dice san Pedro:
“estad siempre dispuestos para dar razón
de vuestra esperanza”.

Necesitamos de tu defensor
para perdonar y trabajar por un mundo más justo,
para estar junto al desvalido,
para vivir para Dios y para los demás,
para trabajar por la unidad,
para ponerte siempre en el centro
de nuestras vidas,
para que nos ilumine en el conocimiento
de tu Palabra,
para que nos empuje a ser testigos tuyos
en nuestro mundo.

Y, sobre, todo necesitamos de tu Espíritu
para que podamos llevar a la práctica
tus mandamientos:
Amar a Dios Padre y amarnos
“los unos a los otros como yo os he amado”.
Tú, Señor Jesús, quieres obras, hechos...
por eso dices:
“el que acepta mis mandamientos y los guarda,
ése me ama; al que me ama lo amaré mi Padre
y yo también lo amaré”

A Ti, Señor Jesús, lo que te importa,
lo que valoras son las obras, los hechos
como nos dices en la parábola del juicio final:
“Venid, benditos de mi Padre,
recibid la herencia del reino preparado para vosotros desde la
creación del mundo.
Porque tuve hambre, y me disteis de comer...”
Señor Jesús,
gracias por el don inmenso de tu Espíritu Santo,
de nuestro defensor.
Gracias por todos los dones que Él nos da
a cada uno de nosotros
y a nuestras respectivas comunidades.
Gracias por tu insistencia
en esa predilección tuya: amaos.
Este es tu Mandamiento,
esta es la manera como Tú quieres que vivamos,
Gracias, Señor Jesús,
por tantas personas que me enseñan amar,
por tantas personas que aman de verdad.
Como esta mujer que me decía:
“hoy, a medio día, a mi vecina enferma,
le he preparado una sopa y ayer un puré”.

Haz, Señor Jesús,
que abra mis ojos a tantos gestos de estima
que se dan en nuestro mundo.

Perdón, Señor Jesús,
porque para muchos amar les resulta difícil
casi imposible.
Así me lo decía Ana en el centro penitenciario:
“desde que estoy aquí me he hecha dura;
antes compartía, era solidaria...
ahora no puedo... he visto demasiada
miseria humana”.

Señor Jesús
ayúdanos a amar de verdad.
Gracias a Dios,
por muchos inconvenientes que se presenten,
ese es el mejor camino
que podamos tomar: Amar siempre.



VER

Un refrán muy conocido es: “Obras son amores y no buenas razones”, cuyo primer significado es que, cuando se ama a alguien, no basta con decirlo de palabra, por muy románticas que sean, hay que demostrarlo con hechos. En general, se suele utilizar este refrán para referirse a personas que de palabra quedan muy bien, con grandes discursos y promesas, pero luego sus palabras no se concretan en acciones que realicen y prueben lo que están diciendo.



JUZGAR

Este refrán también se aplica a nuestra vida como discípulos y apóstoles de Cristo Resucitado y es a la vez una denuncia de la hipocresía y una llamada a la coherencia y a la santidad. No basta con afirmar de palabra nuestra fe en Él: esa fe hay que visibilizarla con obras.

Es lo que hacía el diácono Felipe, como hemos escuchado en la 1ª lectura: *Felipe bajó a la ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo.* Felipe no se limita a “predicar”, sino que demostraba su predicación de palabra con hechos visibles: *de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban.*

El ejemplo del diácono Felipe es una llamada para nosotros: estamos saturados de palabras, hay exceso de canales por los que nos llegan mensajes piadosos con bonitas imágenes, invitaciones a la confianza en Dios, oraciones con un lenguaje muy devoto, bendiciones... pero demasiadas veces faltan las obras que corroboren todo eso que tan fácil e irreflexivamente se difunde.

En la 2ª lectura, san Pedro decía: *Glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza.* Pero ese “dar razón de nuestra esperanza” no puede consistir sólo en “palabras”, en “buenas razones”, repitiendo fórmulas y contenidos de fe, como ya advirtió el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*”: *“Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen. La idea desconectada de la realidad origina idealismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan”.* (231-232)

Por eso, como “obras son amores y no buenas razones”, *“lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. Este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda”.* (232-233)

A la hora de dar razón de nuestra esperanza, hay mucha diferencia entre quedarnos sólo en “buenas razones”, y ofrecer también “obras que son amores”, la hemos visto en la 1ª lectura. La consecuencia de la predicación de Felipe fue que *la ciudad se llenó de alegría*, mientras que *“no poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos que no dan fruto”.* (233)



ACTUAR

¿En qué ocasiones o ante qué personas he utilizado el refrán “Obras son amores y no buenas razones”? ¿Procuro cumplir yo este refrán, me esfuerzo en la coherencia entre mis palabras y acciones? ¿Cómo predico a Cristo Resucitado, cómo doy a otros razón de mi esperanza? ¿Suelo difundir por redes sociales o mensajería instantánea palabras y mensajes piadosos, oraciones, etc.? ¿Pongo en práctica, en hechos concretos, eso que difundo de palabra?

En nuestra vida como cristianos es más fácil y cómodo, y menos arriesgado, limitarnos a transmitir “palabras” que suenan bien pero que no nos comprometen realmente. Sin embargo, como advierte el Papa, sólo las palabras no dan fruto.

Como “obras son amores y no buenas razones”, para que podamos dar razón de nuestra esperanza de un modo fructífero, el Señor nos ha dicho en el Evangelio: *Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. No os dejaré huérfanos.*

El Espíritu Santo, como veremos en Pentecostés, es el protagonista de la misión evangelizadora, el que nos capacita para dar “buenas razones” de nuestra esperanza, poniendo en nuestros labios las palabras adecuadas; y, a la vez, dándonos la luz y la fuerza para “encarnar” esas palabras, para realizar las “obras que son amores”, y que darán fruto porque visibilizan la fe que predicamos.